

[Otra edición en: *Mundo Negro*, n.º IX/6, junio 1968, 34. Editado aquí en versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*].

© Del texto y de las imágenes, herederos de Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

Inesperados hallazgos sobre el cristianismo de Nubia; el desierto escondía una catedral

Martín Almagro Basch



En la historia del Sudán y del noble y heroico pueblo nubio, base y sustentación de aquella joven nación, el cristianismo tiene una página hermosa, gracias, sobre todo, a los descubrimientos realizados por las misiones arqueológicas enviadas a la Nubia por la UNESCO. Los arqueólogos de España, Italia, Inglaterra, Polonia, Ghana y Sudán, a lo largo de dos campañas de trabajos de excavación han ido descubriendo infinidad de restos de la época cristiana del Sudán y del Egipto nubios de un interés extraordinario y de una belleza inesperada. Iglesias rurales con pinturas murales, lápidas de todo orden aportando datos históricos nuevos y sorprendentes, necrópolis con las expresivas cruces de adobe sobre las sepulturas, ciudades y poblados fortificados, simples caseríos rurales, telas y alhajas, útiles de trabajo al lado de restos de libros en la lengua nativa, de un enorme interés filológico, van siendo hallados gracias a las excavaciones arqueológicas.



El comienzo de la propagación del cristianismo en Nubia va unido a la penetración del pueblo de los nobadas, trasladado al valle medio del Nilo desde los desiertos occidentales por el emperador romano español Teodosio (379-395).

El 530, un rey de los nobadas llamado Silko ya proclama en una inscripción hallada en Kalabscha su triunfo sobre los paganos blemios. Luego, en tiempos de Justiniano, sabemos que se organizan tres reinos nubios: el de Nobatia, que se extiende desde la primera catarata hasta la segunda; el de Makuria, de la

segunda a la sexta, y el de Alwah o Alodia, más al sur, hasta el corazón del África negra. Sin embargo, las noticias de Juan de Éfeso habían inclinado a los historiadores a considerar que el monofisismo había sido aceptado por dos de estos reinos, lo cual ha resultado ser falso y tendencioso. Las noticias historias a ellos referidas, además de cuantos datos han aportado las excavaciones, nos permiten asegurar esto, así como la importancia que el cristianismo alcanzó en la Nubia y la noble obra civilizadora llevada a cabo por la fe cristiana en aquellos pueblos.



La Virgen, con el Niño Jesús en brazos, descansa su mano derecha sobre el hombro de una reina nubia, de color moreno. Es Marta, madre del rey, ricamente vestida.



Este fresco de vivos colores, inspirado en el relato bíblico de los tres jóvenes en el horno, representa a San Miguel protegiendo con sus grandes alas a tres obispos de Faras. Conocemos sus nombres, pues sus estolas están detrás del muro señalando tus sepulturas.

Hoy podemos afirmar que todo el país, y en especial aquellas nobles gentes nubias, jamás alcanzaron un nivel cultural mayor. Varios hallazgos lo comprueban. Entre otros, podemos citar uno de la misión arqueológica española en Abkanarti que nos muestra la existencia de libros escritos en la lengua nativa nubia. El idioma nubio, sólo gracias al cristianismo llega a ser una lengua oficial y escrita.

Otros hallazgos nos comprueban el rango cultural alcanzado por la Nubia cristiana. Así, la misión arqueológica de Ghana está excavando un monasterio en Dibera que nos ofrece el desarrollo del monacato cristiano, con todo lo que representa de perfección humana. La publicación de sus hallazgos será de un gran interés. Dos iglesias fuera del monasterio nos informan sobre el culto y la función social ejercida por los monjes.

A todos los hallazgos cristianos de Nubia los superan en importancia los que nos ha ofrecido la catedral de Faras, la Pachoras de los textos bizantinos, excavada por los arqueólogos de la misión polaca. Fue sede episcopal y metropolitana, según algunas inscripciones de sus obispos lo proclaman. Si es nueva la noticia de haber existido un metropolitano independiente al frente de la jerarquía eclesiástica nativa, más lo ha sido el hallar referencias de treinta y uno de los obispos de aquella iglesia, pues aparecen allí enterrados, y por las lápidas e inscripciones varias sabemos hoy los nombres y fechas de sus episcopados.

Algunas de estas lápidas son de una emotiva sencillez en su redacción. Una idea nos la dará la del obispo Jhesus, que gobernó aquella iglesia desde el 866, y que ofrece el siguiente texto: "Perdónale, Señor, todos los pecados cometidos por la palabra, con la acción o con el pensamiento. Tú, que eres bueno y clemente, perdónale, pues él fue un hombre que vivió y no dejó de pecar. Tú, Señor, Tú solo eres la justicia impecable, y tu

justicia es para todos. Señor, tu palabra es la verdad. Tú existes siempre, Tú eres la resurrección y el descanso de tu servidor Jhesus, obispo de Pachoras, y nosotros te glorificamos, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El pasó 49 años en su silla episcopal y los años de su vida fueron 88. Dale el reposo. Amén"



Entre los numerosos frescos de la catedral de Faras destaca el grupo del nacimiento: en el centro, la Virgen, preciosamente vestida, reclinada en un lecho, sin señal de sufrimiento. En lo alto, la cuna del Niño Jesús, acompañado de un buey y un caballo. A la izquierda, los tres Magos galopando hacia Belén, y dos pastores, son todos de color oscuro. Debajo, San José en actitud de meditación.

Todas estas inscripciones epigráficas y murales de la iglesia de Faras están redactadas en copto, en griego y en nublo y van a proporcionarnos muchas y variadas noticias sobre aquel reino y sus gobernantes.

También se han encontrado referencias epigráficas sobre reyes y reinas de Nobatia y, sobre todo, bellísimos frescos de un arte bizantino provincial, lleno de encanto por su indigenización total. Toda la iglesia catedral de

Faras estaba cubierta por bellísimas escenas de clara inspiración, técnica y estética del arte bizantino más que del arte copto, cercano de Egipto, aunque la Nubla fue refugio constante de elementos cristianos, egipcios sobre todo, a partir de las persecuciones islámicas, cada vez más acentuadas desde los siglos VIII y IX. Las mutilaciones intencionadas de las figuras, realizadas por los elementos musulmanes que se introducen en el país, sobre todo tras la conquista turca, no han mermado encanto a aquel conjunto único del arte pictórico mural. Nada más entrar en lo que fue el vestíbulo se ven tres obispos alzando las manos implorantes, protegidos por el arcángel San Miguel, cuyas alas, extendidas sobre los obispos, aparecen con bello plumaje de pavo real y llenas de ojos. El arcángel aparece coronado y lleva un largo báculo terminado en una cruz. La escena está claramente inspirada en el relato del Viejo Testamento de los tres jóvenes arrojados al horno y salvados por el profeta Daniel. Sabemos los nombres de estos tres prelados de la Nubia, pues sus estelas están detrás del muro señalando sus sepulturas. Fueron Koluthos, que falleció en el 923; Estephanos, muerto en el 925, y Aarón, fallecido en el 973. Pasado el nártex, con sus bellos frescos, las tres naves y varias capillas

de la iglesia nos ofrecen ricas y bellas pinturas murales. Algunas pueden ser bien fechadas a partir del siglo VI. La mayoría son de los siglos IX al XI, y algunas son ya del siglo XII. , En una de las primeras capillas vemos a la Virgen María vestida de ricos atuendos, con el Niño Jesús en brazos. En otro lugar aparece una reina nubia, de color negro, llamada Marta, a la cual protege la Madre de Dios, con el Niño Jesús en brazos.



Él autor del reportaje, Prof. Martín Almagro, ante los frescos.

En otra capilla aislada vemos de nuevo a la Virgen con el Niño en su mano derecha, posando su mano izquierda sobre un obispo de Faras, de color moreno, mientras otros obispos, reyes y prelados están también claramente representados por el color negro de su piel. A todos los frescos de la catedral de Faras gana, por su expresión ingenua y encanto» uno que representa la escena de la Natividad y de la adoración subsiguiente del Hijo de Dios. La Virgen está recostada en un lecho, sin signo de sufrimiento alguno, vestida con las más ricas telas, coronada y ocupando el centro de la escena. Detrás aparece envuelto en ricos pañales el Niño Jesús, y a su lado el caballo y el buey, éste con giba, como los cebúes africanos. Los Reyes Magos son de raza y de color negro y vienen galopando hacia Belén. Igualmente son de color oscuro unos pastores que danzan ante el anuncio del nacimiento hecho por el arcángel Gabriel. A los pies del trono de la Virgen está San José, meditativo y en modesta actitud. Todavía, debajo de la escena, se ve un rey de color negro, coronado y vestido de rico manto, cuyo nombre aún no ha sido identificado.



Otros muchos frescos e inscripciones de gran valor histórico –en griego, copto y nubio– enriquecen esta catedral cristiana, que en medio de las tierras del Sudán nos ofrece una lección sobre el pasado de esta extensa nación, que ha de ser clave central en el futuro inmediato del África negra. No es ciertamente incomprensión hacia el cristianismo lo que nos enseña esta catedral, destruida más por la saña y barbarie turcas que por la cultura árabe, hasta cierto punto tolerante, que se desarrolla en el pueblo nubio del Sudán desde el siglo XVI. Evidentemente, con el cristianismo la Nubia alcanzó un grado de cultura nacional, con su lengua y su jerarquía civil y religiosa indígenas, que no deben olvidar y deben admirar las generaciones cultas de aquel país. Ello debe inclinar a sus gobernantes hacia la tolerancia y admiración del cristianismo, que va arraigando de nuevo sobre todo en las regiones del sur del Sudán, y que no debe considerarse como extraño y nuevo en la historia y en la cultura de la gran nación africana que acaba de incorporarse al concierto pacífico de las demás naciones del mundo.

El arte de la catedral de Faras tiene una indudable semejanza con el arte bizantino, aunque retacada con valiosos elementos originales que garantizan su autonomía, incluso respecto del vecino arte copto. En este fresco, la Virgen protege entre sus brazos a un príncipe nubio, de piel negra, ataviado con ricas vestiduras